

## PIQUILLINES

La casa del campo. Bello lugar de mi infancia. Una tardecita de enero, caminando hacia el monte cercano. Piernas flacas. Ojos saltarines. Pelo enredado. Zapatillas de lona azul. Siempre inquieta. Caminando con mi hermana. La mirada de mamá siguiéndonos de cerca. Así me recuerdo.

Mi hermana y yo. Yo y mi hermana. Una botella de sidra, de vidrio verde, bien lavada para juntar piquillín.

El olor del monte todavía me acompaña. Mezcla rara de hierbas frescas y troncos húmedos. Algunos algarrobos, chañares, caldenes y por supuesto piquillines. Los árboles me parecían altos, tan grandes y fuertes. La corteza dura. El sol que se escurría en medio de las ramas no tan tupidas. Algunos arbustos bajos que permitían entrar sin dificultad. Flores de verbenas rojas ya casi llegando. Y ahí nomás al alcance de la mano los pequeños frutos rojizos y anaranjados, dulzones. Se nos brindaban un poco esquivos entre las espinas y ramas ásperas. Hojas verde oscuro escondiendo una que otra pelotita más oscura y más dulce. Elegíamos una rama repleta de frutos para ver quién podía recoger más.

Llenar la botella era toda una hazaña.

Saltábamos troncos. Nos escondíamos. Destrozábamos algún hormiguero con un palo. Y seguíamos en nuestro “trabajo”. Mamá que nos decía algo.

El sol se iba escondiendo y nosotras nos apresurábamos. Y la bendita botella que nunca se llenaba...

Después el regreso. Jugando. Hablando. Mamá atrás o adelante, con sus anteojos gruesos y sus ojos tristes. Sólo nos miraba. Nos dejaba hacer. Escuchaba.

Mi hermana dándome sustos por un ruido o una sombra.

La llegada a casa.

La botella en el balde con agua fresca que sacábamos del aljibe.

Alguna que otra risa.

Simpleza.

Ingenuidad.

Alegría.

Algunos días, todavía puedo ver a esa nena que pensaba que la vida era así. Simple. Como las tardecitas de enero. En el monte. Juntando piquillines.